



Ser mal profesor sale barato

Recortes, falta de rendición de cuentas y un sistema que premia sobre todo investigar lastran la docencia ● Solo 12 universidades públicas tienen evaluaciones obligatorias

PATRICIA GOSÁLVEZ
Madrid

“Entre que tú llegas un cuarto de hora tarde y que yo me voy media hora antes, esto es un cachondeo”. El veterano profesor farfulla la queja sin alterar el tono que usa durante toda la clase. Una perorata en la que los alumnos de Periodismo aprenden que hizo de joven el camino de Santiago o que compra revistas de equitación... “Sé más de la vida de este que de la tuya”, susurra una alumna a su compañero. Mucha batallita y poco temario. Hoy toca la empatía y los procesos de identificación con la audiencia. Sin embargo, la clase aburre y acaba en bronca. “Si no te interesa la asignatura no vengas”, le espeta el docente a una joven que está hablando. “Precisamente porque me interesa hablé con usted sobre cómo la da”, contesta ella. “Tú es que no entiendes el método socrático, y ese carácter te va a traer problemas... Ten cuidado”. Con esto el profesor se levanta por primera vez de la silla, para marcharse, media hora antes de lo que toca.

Para atisbar cómo se enseña en la universidad pública, EL PAÍS asistió durante una semana a clase como un alumno más de la Complutense de Madrid. La clase descrita fue la peor con diferencia de entre una decena de profesores, cursos y facultades. Una muestra diminuta teniendo en cuenta que solo la Complutense suma casi 6.300 docentes. Sin embargo, basta una semana de vuelta a clase para repasar algunas

lecciones. La primera: lo que pasa tras la puerta cerrada de un aula, allí queda. “En la universidad pública existe una cultura de reinos de taifa en la que el profesor es dueño y señor dentro del aula”, dice Clemente Lobato, profesor de Ciencias de la Educación en la Universidad del País Vasco. “Esto va cambiando, aunque lentamente, hacia una cultura donde la educación es un proceso colectivo”, añade.

En la misma facultad del profesor presuntamente “socrático” trabaja otro que parece enseñar en un planeta distinto. Es un par

“Dar clase se ha convertido en un castigo”, opina un enseñante

“Los buenos no tienen incentivos, y los malos todas las excusas”, añade

de décadas más joven y arranca su clase sobre la Unión Europea comentando —de pie y moviéndose— los titulares de la semana. Usa la visita del Papa al Parlamento Europeo para preguntar por qué este tiene más de una sede. Nadie lo sabe, así que encarga averiguarlo para la siguiente sesión. Es serio, pero entusiasta, lo que hace más digeri-

ble el plumizo reglamento europeo sobre la prensa, que trufa de ejemplos actuales como los pinchazos de News Corp. Acaba llevando la clase hacia un debate sobre las tertulias televisivas. No es una charla de bar. Los chicos hablan sobre polarización, falsa pluralidad, conglomerados mediáticos... Cuando el profesor se marcha, ellos siguen.

Las clases observadas fueron todas teóricas y de grado. No se han visto las prácticas y seminarios impulsados por el Plan Bolonia. Aún así, la forma de impartir teoría varía muchísimo.

Dado que no hay información oficial sobre cómo dan clase los profesores, para decidir cuáles escoger en este experimento (excelescentes, buenos, regulares y malos) hay que contrastar las mismas fuentes que usan los alumnos al matricularse: bar, pasillos y Patatabrava.com. Comentarios sobre el primer profesor citada en esta web para universitarios: “No intentes ir de listillo; los chistes los hace él”. “Ni se te ocurra cogerle; falta al respeto, no se le entiende cuando habla, llega a clase a la hora que le apetece”. “Pone más empeño en contar sus batallas que en explicar el temario”. Del segundo: “Vale la pena asistir”. “Clases amenas”. “Explica de maravilla; se implica con sus alumnos y aprendes un montón”.

“No vamos a dar. Ofrecemos información útil y no institucional para que el alumno tome decisiones”, explica Oriol Solé, fundador de Patatabrava.com, donde los comentarios ofensivos se eli-

Notas de maestros

► El programa de evaluación Docencia se está implantando voluntariamente en 44 de las 50 universidades públicas.

► No es un modelo fijo. Las universidades deciden si los profesores están obligados a evaluarse (así es en 12 de las 44, según la ANECA) y las consecuencias de la nota.

► Usa tres fuentes: profesores, responsables académicos y encuestas a los alumnos. ¿Cumple el profesor con los horarios, es claro, accesible, bueno? ¿Despierta tu interés?

► 10 universidades aplican Docencia con la certificación de la ANECA, que exige que se evalúe al menos al 30% del claustro, que los resultados agregados se publiquen, que conlleven consecuencias para los profesores y que haya planes de formación para mejorar.

en formación y profesor en la Kennedy School de Harvard, donde las encuestas son obligatorias y públicas. “Es una herramienta muy útil para ellos, pero aún más para los profesores que usan este *feedback* para mejorar”, indica.

En España no se publican los resultados por profesor —sí por cursos o facultades—. Y en la mayoría de las universidades las encuestas son voluntarias: se prestan los docentes que quieren. “Los malos no las hacen, sobre todo si son titulares o catedráticos”, se lamenta Marina Escorza, portavoz de la asociación estudiantil Puño y Letra de Filología. “Pueden decir cualquier barbaridad en clase; nadie les toca, son la casta universitaria”. En 2012, la Complutense evaluó a 1.335 profesores (sobre un total de 6.289). Se prestaron a ello el 60% de los ayudantes doctores, pero solo el 8,5% de los catedráticos. “Si fuesen obligatorias tendrían sentido”, apunta Carlos Gómez, de la delegación de estudiantes de Medicina. “Los alumnos saben que no va a afectar a la forma en que se da clase, así que no las rellenan”.

El Plan Bolonia trajo consigo Docencia, un programa de evaluación que usan 44 de las 50 universidades públicas españolas —en 12 ese análisis es obligatorio— y que ayuda a implementar la Agencia Nacional de Evaluación (ANECA), que desde 2007 ha certificado su aplicación en 10 centros. Es la enésima fórmula para que se rindan cuentas. En la Oficina de Calidad de la Complutense admiten los escollos para evaluar. “La

minan. Lo que más alaban de un enseñante: que sepa mucho, esté al día y comunique bien. Lo que más critican: la falta de interés. “No vayas; se limita a leer los apuntes”, se repite en los comentarios.

“Lo que opinan otros alumnos sobre un profesor es un criterio fundamental a la hora de escoger asignatura”, dice Dan Levy, exper-

CHEQUEO A LA ENSEÑANZA SUPERIOR

2. Los docentes

sociedad



Estudiantes en una clase de la Universidad Complutense de Madrid, la semana pasada. / CARLOS ROSILLO

Enseñar a saber enseñar

Dan Levy, profesor en la Kennedy School de Harvard (EE UU), aprendió una lección básica de su hija pequeña cuando intentaba enseñarla a jugar al tenis. “Yo no entendía por qué le costaba tanto, cuando la bola no pasaba la red, me frustraba... Hasta que me cambié la raqueta de mano y comprendí por lo que estaba pasando ella”. Levy organiza un programa de formación docente para profesores. “Para enseñar hay que tener conocimientos, pero es obvio que saber mucho no significa saber enseñar... Es incluso al contrario. Yo, cuanto más experto soy en una materia, menos cualificado me siento para entender las dificultades por las que pasa alguien que está aprendiendo”.

En su centro, los profesores nuevos reciben un cursillo “an-

tes de pisar una clase” en el que se enseña a “no hablar 90 minutos seguidos mientras los estudiantes escriben y a fomentar el aprendizaje activo”. Los nuevos practican y aprenden cosas tan simples e importantes como recorrer el aula con la mirada, ocupar el espacio o utilizar un tono comunicativo. “El *feedback* ha de ser continuo”, por lo que también hay cursos de reciclaje para la plantilla, siempre voluntarios, y una vez al año, durante la Teaching Week (Semana de Enseñanza), los profesores visitan las clases de sus colegas para ayudar a mejorar.

Cada vez más universidades españolas están implantando servicios semejantes, y la agencia de evaluación ANECA exige planes de formación a las universidades que certifica. “Por su-

puesto, hay profesores que nunca aparecen por los cursos... Sigue estando muy arraigada la idea de que basta ser un buen investigador para dar clase, a pesar de que hay innumerables estudios que demuestran lo contrario”, explica Clemente Lobato, profesor de Ciencias de la Educación en la Universidad del País Vasco, que ha realizado cursos de formación continua en centros de Sevilla, Cantabria, Barcelona o Burgos. “Eso de que ser profesor es un arte y se nace con ello no es verdad: hay que capacitarse”, destaca.

Ambos expertos se muestran optimistas sobre el cambio de mentalidad del claustro, aunque admiten la lentitud del mismo. “La mayoría disfruta enseñando y quiere mejorar, pero una parte aún se resiste”, remata Lobato.

meta es que, en el futuro, Docencia sea obligatorio... Pero en la Universidad los cambios van despacio”, dice Alfredo Pérez, jefe del servicio. “El problema son las consecuencias”. La laxitud o firmeza de las mismas depende de cada centro. En general, una buena evaluación da puntos para acreditarse y ascender. Una mala puede suponer un toque, una recomendación para asistir a un curso o la negación de un aumento. “A mayor recompensa y sanción mejor funcionaría... pero hay sindicatos, estatutos. Estamos hablando de funcionarios. Es delicado y falta voluntad política”, añade Pérez.

“Docencia es una cortina de humo del desmantelamiento de la educación pública de la *ley Wert*; por un lado, recortas y cargas a los profesores de créditos y, por otro, haces que te preocupa la calidad”, opina José Manuel Rodríguez Victoriano, profesor de Sociología en Valencia. “En el contexto de Bolonia, Docencia convierte a los estudiantes en usuarios satisfechos o insatisfechos, no en ciudadanos. Es necesaria una evaluación cualitativa y transparente”, agrega.

La evaluación docente no figura en las reivindicaciones estudiantiles. “Entre las becas, las tasas, los planes de estudios... Son demasiadas cosas”, dice la portavoz de Puño y Letra. Aun así, todos coinciden en que un buen profesor nunca se olvida.

Recortes aparte, profesores y estudiantes señalan dos males endémicos que obstaculizan la mejora de la docencia. Primero, la

universidad es una estructura inmovilista que se rige por antigüedad y jerarquía —un profesor la define como “casi medieval”, un alumno como “un dinosaurio”—. Segundo, vale más ser investigador que buen docente: la academia lo premia monetariamente y con menos horas lectivas. “Enseñar se ha convertido en un castigo”, indica Rodríguez Victoriano. Resultado: “Los profesores buenos no tienen incentivos y los malos tienen todas las excusas”. Al final, depende de las ganas que le ponga el enseñante.

“Hay algunos geniales, que inspiran”, asevera el portavoz de los alumnos de Medicina. “La media está bien. Poco a poco hacen clases más participativas, más evaluación continua... pero siempre va a haber ese catedrático que lleva 40 años leyendo los mismos apuntes”. “A los profesores les fal-

ta calle”, resume la estudiante de Filología. “Bolonia es una cosa sobre el papel y otra en realidad... La mayoría de los profesores siguen soltando su rollo, con más o menos talento”, apostilla.

El panorama que pintan muchos jóvenes es que hay una minoría de enseñantes excelentes y otra de nefastos —sobre ambos hay quórum—. En medio, un amplio montón, mejor o peor valorados. En Derecho aburren un par de profesores que, sin moverse de la silla, desgranaban desapasionadamente el Código Civil. Los alumnos prefieren a otra que ilustra los artículos con casos y sentencias. Las opiniones no tienen que ver con el uso de la tecnología (una de las obsesiones de las evaluaciones institucionales, junto a la participación), con lo chispeante que sea la materia, ni lo “hueso” que sea el profesor.

La tibia es la protagonista de Anatomía I. El serio doctor dibuja con maestría huesos, músculos y venas a mano alzada en la pizarra mientras lanza como una escopeta: “Vean cómo se inervan el poplíteo, el sóleo y el plantar”; “aquí tienen el retináculo de los músculos extensores”; “esta es la arteria para la diáfisis tibial” y cosas peores. Es una clase densa y complicada, pero los educandos la adoran.

Los mejor valorados en los pasillos —cinco de los ocho de ese montón intermedio— son los más entusiastas. Los que hablan con más énfasis y gesticulan más. Los que ponen ejemplos, preguntan y a los que se oye. Parece de Perogrullo, pero sorprende el número a los que no se entiende bien. También la queja constante sobre cómo no les da tiempo a enseñar como quieren. “¡Ay, Bolonia,

Bolonia!”, clama un profesor de Literatura que se ventila *Los amantes de Teruel* en tres minutos y una manida postal —“yo no uso *power points* de esos”—. Sus clases siempre empiezan media hora tarde.

“La docencia es mucho más difícil de evaluar que la investigación, pero es injustificable no hacerlo”, observa Clemente Lobato, quien asesora cursos para enseñar a enseñar. “Buscar la excelencia

La evaluación de los docentes no figura entre las demandas estudiantiles

“Hay profesores que dicen barbaridades y nadie les toca”, se queja una alumna

cia requiere un cambio de mentalidad por parte de algunos profesores y también del sistema, que debería darle más importancia”.

La última lección aprendida en una semana versa sobre los alumnos. En clase se ve de todo. Una chica compra bolsos por Internet toda la hora. Otros hablan sin parar. Ocurre más en las clases malas, pero no solo. Durante una apasionada lectura de la *Apología* de Sócrates, en la que una valorada profesora se deja el alma y la garganta, una presente echa la siesta. La asistencia nunca supera la treintena, aunque haya el doble matriculados. Eso sí, van cientos de amigos de Facebook y WhatsApp, que los alumnos consultan sin pudor en móviles y portátiles. Bastantes reconocen no saber cómo se llama quien acaba de darles la lección.